

EL COLORIDO DE LA ESCULTURA

El hecho de que la Tlaltecuhltli haya conservado sus colores originales se debe en gran medida a la intervención oportuna y constante del equipo de restauración del Museo del Templo Mayor, quienes se encargaron de supervisar el cuidadoso proceso de liberación de la arcilla y la argamasa que la cubrieron durante casi cinco siglos. Lograron de igual manera que el secado de la pieza fuera un proceso gradual, pausado y de cerca de un año. Una vez que los cuatro grandes pedazos del monolito fueron trasladados al laboratorio de campo, se realizó un trabajo de limpieza mecánica tan meticuloso como delicado. Posteriormente se emprendió el fijado de la capa pictórica a la piedra, usando un compuesto químico seleccionado entre muchos con base en los análisis de Pedro Bosch y Enrique Lima de la UNAM. Los frutos de tales cuidados saltan a la vista, brindándonos una nueva serie de sensaciones que no experimentamos con la Piedra del Sol, la Coatlicue o la Coyolxauhqui, monumentos éstos que han perdido su colorido original.

A partir de los estudios de Giacomo Chiari del Instituto de Conservación Getty de Los Angeles, nos enteramos que se usaron pigmentos minerales y vegetales: ocre de goetita, rojo de hematita, rojo oscuro de hematita y magnetita, azul de paligorskita y añil, negro de carbón vegetal y blanco de calcita, todos aglutinados con mucílago de orquídea.



Escáner tridimensional del monolito
(S. Sugiyama, T. Medina y Acord, PTM-INAH)



Vista del área de excavación al pie del Templo Mayor
(C. Pascal, PTM-INAH)

LAS OFRENDAS ASOCIADAS

En marzo de 2007 se dio comienzo a una nueva temporada del Proyecto Templo Mayor para explorar el ángulo noroeste del cruce de Argentina y Guatemala con tecnología de punta y una metodología científica en extremo cuidadosa. Unos meses más tarde, el monolito de la diosa Tlaltecuhltli fue sacado del área de excavación con ayuda de una grúa de brazo largo y colocado temporalmente en la calle de Argentina; allí, se construyó un laboratorio temporal para su restauración y análisis. Paralelamente, se han llevado excavaciones arqueológicas en el lugar que ocupaba el monolito. Hasta la fecha se han recuperado 16 ofrendas con toda clase de dones: plantas (semillas de amaranto y algodón, pencas de maguey, barras de copal), animales marinos (conchas, caracoles, corales, peces, cangrejos, langostinos, erizos de mar, galletas de mar, tiburones, peces sierra), aves (águilas, garzas, ibis), mamíferos (pumas, lobos, lince, monos araña) y objetos rituales (ollas de cerámica, máscaras y cetros de madera, ornamentos y cuentas de piedra verde, cuchillos de pedernal y un número nunca antes visto de objetos de oro).

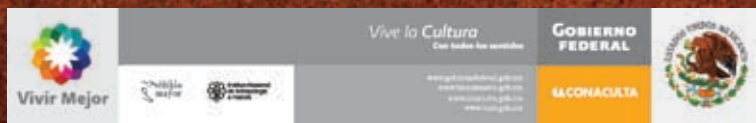


Museo del Templo Mayor
Seminario 8, 06060
Centro Histórico, ciudad de México
(Metro Zócalo)
5542 4943 (Promoción Cultural)
5542 4784 (Servicios Educativos)
www.templomayor.inah.gob.mx
difusion.mntm@inah.gob.mx

INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA
MUSEO DEL TEMPLO MAYOR

El monolito de la Tlaltecuhltli y ofrendas asociadas

Leonardo López Luján y María Barajas Rocha



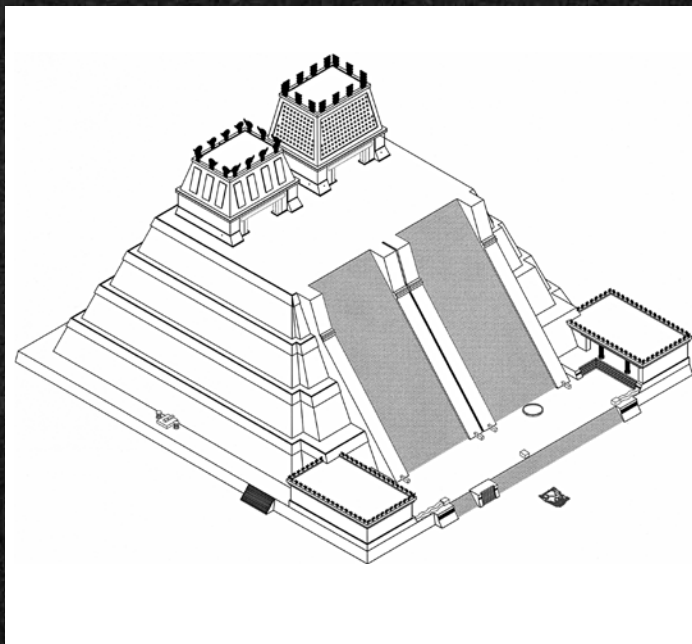
EL HALLAZGO DEL MONOLITO

Hace unos cuantos años, el Gobierno del Distrito Federal ordenó la demolición de dos edificios del Centro Histórico de la ciudad de México que habían sido irremediablemente dañados por el temblor de 1985. Tal decisión creó grandes expectativas entre los arqueólogos debido a que ambos inmuebles se encontraban en la esquina de las calles de Argentina y Guatemala, justo frente a los restos del Templo Mayor de Tenochtitlan. Además de la posibilidad de hallar grandes esculturas al pie de la fachada principal de esta pirámide, se sabía, a partir de importantes documentos históricos, que las cenizas de al menos tres reyes mexicas —Axayácatl (1469-1481), Tízoc (1481-1486) y Ahuítzotl (1486-1502)— habían sido inhumadas precisamente en dicha área.

Un salvamento arqueológico realizado en 2006 por el Programa de Arqueología Urbana corroboró la enorme importancia de la esquina, al descubrir allí el monolito mexicana más grande hasta ahora conocido, el cual tiene mayores proporciones que la Piedra del Sol y la Coyolxauhqui. Se trata de una escultura gigantesca de 4.17 x 3.62 x 0.38 metros y 12 toneladas. Este monumento representa a la advocación femenina de Tlaltecuhlli (Señor o Señora de la Tierra), divinidad que en muchos mitos aparece como la venerada madre que da nacimiento a todas las creaturas (plantas, animales, seres humanos, el Sol y la Luna), pero también como el ser monstruoso que las devora en el momento de la muerte.

LA IMAGEN DE LA DIOSA TERRESTRE

La calidad de la talla y su estilo nos remiten a la llamada época imperial, es decir, a las décadas previas a la conquista española, cuando el arte oficial mexicana había alcanzado su mayor refinamiento. Son notables sus formas redondeadas y su marcado volumen. El monolito muestra a un ser de cuerpo entero, visto de frente, cuya anatomía sigue una estricta simetría bilateral. Destaca en esta representación la cabellera rizada, propia de las divinidades de la oscuridad, la tierra y el inframundo. De la cabellera asoman banderas de papel, símbolos del sacrificio. El rostro es el de la diosa de la tierra: tiene ojos en forma de media luna; nariz ancha; mejillas con los círculos distintivos de esta diosa; boca abierta y descarnada, a la cual penetra un largo chorro de sangre, cuyo flujo proviene del abdomen cortado de la diosa. El rostro está flanqueado por prominentes orejas, adornadas con orejeras circulares de las que penden paneles de tela.



Ubicación del monolito al pie de la pirámide (T. Medina, PTM-INAH)



Limpieza de la capa pictórica del monolito (L. López Luján, PTM-INAH)

En este caso, la deidad se presenta en su aspecto femenino, tal y como nos lo señalan su torso desnudo, su falda corta y la divisa que cae entre las piernas. La falda tiene el clásico motivo alternante de cráneos y huesos cruzados, mientras que en la divisa se suceden un cielo estrellado, símbolos de Venus, plumas de águila, correas entrelazadas de cuero y remates de caracoles. Las extremidades de la diosa son robustas. Sus codos y rodillas están cubiertos con cráneos, en tanto que en sus cuatro garras hay rostros de seres telúricos. Como nota distintiva, la garra de la pierna derecha enmarca el signo Conejo con el numeral 12.

LA PIEDRA UTILIZADA

Gracias a los estudios petrográficos de Jaime Torres Trejo del INAH, sabemos que el monolito de Tlaltecuhlli fue tallado en un bloque de andesita de lamprobolita. Ésta es una roca volcánica extrusiva de tonalidades rosáceas y violáceas, la cual era explotada por los mexicas y sus vecinos en la Sierra de Guadalupe, principalmente en los cerros del Chiquihuite, Tianguillo, Gordo, Botano y Tenayo. En los siglos XV y XVI, dichas elevaciones llegaban prácticamente hasta las márgenes del lago de Texcoco, encontrándose a distancias que oscilaban entre los 10 y los 13 km del corazón de la isla de Tenochtitlan.

El bloque con el que se elaboró el monolito habría sido sacado de la cantera encima de narrias, una suerte de trineos de madera que se deslizaban sobre troncos y que eran impulsados con cuerdas y palancas. Posiblemente así fue transportado a Tenayuca y de allí hasta Tlatelolco, atravesando el lago por la calzada de Tenayocan. Puede estimarse matemáticamente que en esta empresa habrían sido necesarios entre 225 y 510 individuos. Sin embargo, parece más lógico suponer que el bloque fue arrastrado únicamente hasta la margen septentrional del lago de Texcoco y en ese lugar montado sobre una balsa construida ex profeso, en la cual se habría realizado la mayor parte del trayecto.

La escultura se encontró rota en cuatro grandes fragmentos. Por fortuna, los materiales que la constituyen se hallaban estables en el momento del hallazgo. Solamente se observaron desgastes, grietas, desprendimientos, pulverulencia y exfoliación, resultantes del uso que se le dio a la escultura en tiempos prehispánicos, de la naturaleza estratificada de la piedra y de los agentes de deterioro presentes durante cinco siglos de enterramiento.